

CLUB DEL MISTERIO

BEN BENSON



# LA RUBIA DE NEGRO

31

Junie Jacques, la tórrida, sensual, Junie; de voz profunda y extrañamente apasionada, confiesa haber apretado el disparador del arma que causó la muerte de George Pringle. Y Pringle se merecía sobradamente estar frente a la mira de esa pistola. Pero en el mundo de las grabadoras de discos de Nueva York corrían rumores inquietantes. Por sobre el ronroneo de las cintas grabadoras y girar ondulante de las placas, voces cotizadas en millones susurraban palabras comprometedoras. Y esas voces aseguraban que Junie Jacques no había matado a Pringle. Que él se lo tenía merecido, sí; que ella había disparado, sí; pero que la deliciosa rubia de negro no era (aún) una asesina. Eso, justamente, es lo que tocaba probar al capitán Wade Paris.

## Orden de aparición de los personajes

Junie Jacques, *un bomboncito que luce su doble personalidad.*

Bill Marshall, *activo representante comercial (a ciertas horas).*

George Pringle, *dinámico industrial del disco.*

Grace Whitaker, *una amiga abnegada hasta el sacrificio.*

Anthony Jacques, *el hermanito de Junie. Un poco loco.*

Steve Coby, *«disc jockey». Este también está loco..., pero por Junie.*

Rod Hagan, *cantor de jazz de la nueva escuela. (No se baña ni se corta el pelo.).*

John Garrison, *el prometido de Junie. Lo que se dice, un caballero.*

Lawrence Niles, *¡zas!, la policía.*

Paul Burroughs, *otro policía más joven.*

Wade Paris, *¡éste sí que es un policía!*

August Sinestre, *el ayudante del fiscal. (Quiere hacer carrera.).*

Ben Fielding, *ocasional escolta de Junie. (¿Habría sido él?).*

Lillian Moore, *otro policía. Bueno, por lo menos ésta es de la femenina.*

## 1

## La mañana

Junie Jacques llegó a Boston en avión en la mañana anterior al crimen. El vuelo de las siete y cuarenta y cinco desde Nueva York le insumió los acostumbrados cincuenta y cinco minutos. Ella durmió durante la mayor parte del viaje, y la camarera la despertó sólo cuando el avión empezó a describir círculos para el aterrizaje.

Cuando se despertó, el cansancio le producía un cosquilleo en los ojos. Se había acostado después de las cuatro de la mañana. Y se había levantado a las seis y media para partir desde el aeródromo La Guardia. Como consecuencia de su profesión, casi siempre se acostaba en Nueva York en las primeras horas de la madrugada, y generalmente no se levantaba hasta mediodía. Sólo violaba esta costumbre cuando hacía sus giras de presentación fuera de Nueva York. Estos viajes eran agotadores, y el tiempo resultaba interminable. Eran cansadores, y la ponían de mal humor. Pero no en este caso. Ella siempre ansiaba volver a Boston, porque Boston era su terruño y porque tendría una oportunidad de ver a Tony.

El avión plateado aterrizó en la pista de Boston, tocando la tierra fácil y suavemente. Mientras el aparato carreteaba, ella miró por la ventanilla que tenía a su lado. Fruncía el ceño forzando la vista, porque aunque nunca había usado lentes era un poco miope. Vio un pequeño grupo de personas en el portón de entrada. En su visión apare-

cían un poco borrosas, de modo que no pudo determinar si la estaban esperando a ella. Pero se echó la estola de visión sobre los hombros, se aplicó una gota de perfume en los lóbulos de las orejas, pasó un peine por su cabellera rubia que le llegaba a los hombros, estudió su maquillaje en su espejo y lamentó no haber tomado por lo menos una taza de café. Pero no había tiempo para el café. El avión se detuvo. Ella permaneció sentada y esperó que todos los pasajeros descendiesen, para ser la última. La gente salió lentamente, en fila, volviendo la cabeza para mirarla.

Ella salió del avión y se detuvo en lo alto de la escalerilla de descenso, esperando. Algunos de los integrantes del grupo del portón avanzaron. Vio reporteros con sus cámaras fotográficas.

Cuando llegó al pie de la escalerilla agitó la mano, sonriendo incesantemente, mostrando sus dientes blancos, apartando la estola de visión de sus hombros. El viento estiraba y moldeaba el vestido negro sobre su cuerpo como si hubiese sido una segunda piel. Tenía la pierna izquierda adelantada, con la punta del pie apuntando hacia abajo, para redondear el empeine y estirar el músculo de la pantorrilla, con lo que su pierna parecía más esbelta. El vestido negro ajustado se ceñía fuertemente a sus caderas, a sus nalgas y a sus muslos. Tenía una camelia blanca prendida al bretel.

Ella sacudió su larga cabellera rubia, haciéndola flotar. Entonces volvió a sonreír y adoptó otra pose, tal como se lo habían enseñado muy cuidadosamente. Junie Jacques aborrecía esto. La pose era una treta vulgar del oficio. Los fotógrafos acostumbrados a las celebridades lo sabían mientras preparaban sus cámaras. Aunque el sol matutino brillaba intensamente, usaron lámparas de magnesio para eliminar todas las sombras.

Mientras ella estaba allí, sonriendo sensual y provocativamente, pensó amargamente que el sexo era su marca

registrada, su insignia, su apoyo o sostén o como quisieran llamarlo. El vestido negro ajustado y la camelia blanca y la larga cabellera rubia. Pero George Pringle, vicepresidente de Discos Micro, había insistido en que ella necesitaba rasgos que la identificasen. La característica hacía al artista, afirmaba. Podía ser una canción particular, o un violín, o una guitarra, o un candelabro. Podían ser patillas largas, o aros absurdos, o un sombrero raro, o un pendiente de diamantes en forma de corazón, o zapatos blancos de cabritilla. Cualquiera fuese la excentricidad que uno elegía, debía conservarla hasta que se convertía en una parte de su personalidad. Junie Jacques era La Dama de Negro. Era el Sexo en Negro. Era La Muchacha del Vestido Negro y la Camelia Blanca. Junie Jacques, La Dama de Negro. La Dama de Negro.

–Repítaselo cien veces por día –le había dicho Pringle –. Muy pronto será una parte de su personalidad.

Casi había tenido razón. Para millones de personas ella era ahora La Dama de Negro. Pero no para ella misma. Aborrecía cada minuto de esa farsa. Era un fraude, una ficción. Su sensualidad le resultaba completamente artificial y repugnante. Y después de un año, estaba muy cansada de ella.

Ahora vio a Bill Marshall, representante en Nueva Inglaterra de Discos Micro. Él subió un escalón y le tendió el brazo. Joven, delgado, afilado como una navaja. Esgrimía su vehemencia y su entusiasmo como si hubiesen sido la lanza de un caballero andante.

Esperó que ella descendiese. Los periodistas le miraron las piernas y uno de ellos silbó por lo bajo. Marshall le ofreció la mano en el momento exacto. Y con la deferencia oportuna dijo para que lo oyesen los periodistas:

–Buenos días, señorita Jacques. Esperamos que haya tenido un buen viaje.

–Fue un viaje maravilloso, Bill –respondió ella con una sonrisa refulgente–. ¿Cómo se encuentra mi hermano

Tony?

–Muy bien, señorita Jacques. El señor Pringle fue a visitarlo anoche.

–Me alegro mucho –dijo ella–. Todos son extraordinarios.

Ella se encaminó hacia el vestíbulo del aeródromo junto con Marshall. Los periodistas los siguieron, dispersándose, con excepción de un agente publicitario y un *cameraman* de la TV que la siguió con la cámara pegada al ojo.

La carretilla motorizada de equipajes enfiló hacia la nariz del avión para descargar las valijas. La brisa de otoño era fresca, y desde la planicie costera llegaba un viento impregnado en sal. Ella cerró la estola de visón sobre su cuello y miró hacia el portón.

–¿Todas esas personas me esperan a mí? –le preguntó a Marshall.

–Sí –respondió él, inclinando la cabeza atentamente hacia ella–. Es buena gente, aunque no hay nadie verdaderamente importante. Pertenecen a la comisión.

–¿A qué comisión?

–A las doce usted tiene un almuerzo de beneficencia. Pensaron que sería un gesto simpático enviar a alguien a recibirla.

–Son muy amables –asintió ella–. ¿Qué debo decirles?

–No mucho. Agradézcales que hayan venido. Tomaremos algunas fotos. Más tarde los encontrará a todos en el almuerzo. No tendrá que cantar allí. Limítese a decir que cree que la obra que están realizando es muy importante.

–Aun así –manifestó ella–, han sido muy amables al venir. ¿Ahora iremos a ver al señor Pringle?

–Sí, está esperándola en el hotel.

–Supongo que tendrá un largo programa preparado para mí.

–Bien... –murmuró Marshall, con una risa de desaprobación.

—¿No dispondré ni siquiera de una pausa para respirar? —preguntó ella, meneando la cabeza impacientemente.

—Usted sabe cómo son las cosas —dijo él, con la cara transpirada y con expresión ansiosa—. Hoy tendrá un día muy ocupado. Pero mañana estará más tranquila. Sólo tendrá que asistir al festival de la Cruz Roja, en el Boston Garden, por la noche.

—Allí pienso entonar dos canciones.

—Muy bien —respondió él—. ¿Cuáles?

—Traje mis arreglos para «Ola de Calor Otoñal» y, naturalmente, para mi última canción, *Tormenta en la Ciudad*.

—Estupendo. Estupendo.

—¿Cómo marcha *Tormenta*?

—Muy bien. Esta semana llegará a los doscientos mil. Un verdadero éxito, señorita Jacques. La melodía ha causado sensación en Nueva Inglaterra. Se lo aseguro.

—Me alegro de que sea así.

—Yo le hice mucha publicidad.

—Se lo agradezco —dijo ella—. Siempre le agradezco lo que usted hace, Bill. Es una persona muy buena.

—Gracias, señorita Jacques —contestó él seriamente—. Algunos de los otros artistas no dicen nunca nada —se estaban acercando al edificio del aeródromo. Él acortó el paso, agregando—: Hay algo más. Le están esperando algunas admiradoras. Adolescentes.

—¿Cuántas? —preguntó ella, y volvió a forzar la mirada, frunciendo un poco el ceño. Ahora vio a algunas muchachas reunidas cerca de las puertas de vidrio.

—No son muchas —manifestó él—. Cuatro o cinco. Presidentas de sus clubes de admiradores.

—Lo lamento, pero ni siquiera tomé el desayuno. Esta mañana no tendré mucha paciencia con las chicas.

—Yo no tengo la culpa. Lo organizó su agencia.

—Está bien —murmuró ella cansadamente. Era uno de los trabajos que debía hacer en beneficio de su carrera.



Ella sabía que no debía protestar. Después de todo, pensó, había algún mérito en el hecho de no ser un cantor de *rock and roll*. Estos bajaban del avión y eran rodeados por la policía. Generalmente los cantores populares de sexo masculino eran atropellados por olas de muchachas delirantes, que chillaban y gritaban y danzaban y zapateaban y transpiraban y trataban de descuartizar literalmente a su ídolo. Aunque estos tumultos eran cuidadosamente planeados y alentados por los agentes de publicidad, a veces escapaban a todo control. De pronto se producía una ola masiva de histeria y exhibicionismo, un movimiento frenético parecido al desplazamiento de la marejada. Ella nunca había podido determinar con exactitud el motivo. En una oportunidad se lo había preguntado a una muchacha y ésta tampoco lo había podido explicar con exactitud.

—Oh, alguien lo inicia —dijo la muchacha—, y antes de que una se dé cuenta, se contagia y *todas* estamos piafando y chillando.

No, había respondido la muchacha, ella no gritaba cuando estaba sola y veía al cantor en TV o lo escuchaba por la radio o en el tocadiscos. Tenía que ser con una multitud.

Las cancionistas de sexo femenino atraían un público menos numeroso y más tranquilo, pero también menos voluble. Sus admiradores las seguían durante más tiempo. No las cambiaban por el nuevo cantor con el pelo platinado o peinado a la permanente o con rizos y con zapatos de plataforma.

Ahora estaba en medio de la comisión de beneficencia. Bill Marshall se volvió, y le hizo una seña a su fotógrafo. Mientras ella era presentada a la comisión, sonrió e hizo un ademán de saludo con la cabeza, repitiendo cada nombre cuidadosamente aunque sin recordar ninguno. Y una mujer trémula con un sombrero pasado de moda casi hizo una reverencia.

Bill Marshall se la llevó, y las adolescentes fueron las siguientes. Ahora ella tuvo más cuidado. Se trataba de algo importante, porque ésas eran las compradoras de sus discos. Ella sonrió y estuvo seria; se rió y estuvo circunspecta. Le hacían siempre las mismas preguntas. Ella daba las mismas respuestas en todas las ciudades que visitaba. Y Bill Marshall la hizo posar con las chicas, organizando como un experto, ordenándole a una muchacha que extendiera un carnet de autógrafos y a otra que se acercase y sonriese. El fotógrafo tomó las placas.

—Me alegro mucho de que hayan venido —les dijo a las chicas. Y su cordialidad fue sincera, porque estaba pensando que no habían asistido a la escuela para ir a darle la bienvenida. Las trabajadoras y organizadoras. Las cinco eran muchachas sencillas. Una alta y angulosa, con dientes defectuosos. Otra de cutis feo y desgarbada. Otra demasiado gorda. Una muy vulgar con acné en la nariz. Todas muy entusiasmadas y serias. Posiblemente, pensó ella, no tenían muchos admiradores y éste era un desahogo para su energía.

La llamaban por su nombre, Junie. Todas lo hacían en todas partes.

—La semana pasada conseguí socias nuevas —dijo una de ellas.

—¿Cómo? —preguntó Junie Jacques. Había estado pensando fugazmente en su hermano Tony—. Oh, sí, gracias, querida. Estupendo, estupendo. Ustedes no deberían trabajar tanto, chicas.

—No nos molesta, Junie.

—Gracias por su carta, Junie —manifestó otra.

—Me alegro de que te haya gustado, querida.

Todas las cartas eran enviadas por su agencia, usando una firma facsimilar.

—¿Va a casarse con Sandy Fabian? —preguntó otra.

—Oh, no —respondió ella—. Sandy y yo somos sólo buenos amigos.

Fabian era un cantor de Micro, y habían aparecido juntos con fines publicitarios y para dar tema a las revistas para aficionados.

–Mi club tiene ya ciento cincuenta socias –dijo la más gorda–. Apuesto a que es el mayor de Nueva Inglaterra, Junie.

–Claro que debe serlo –asintió ella–. Eso me enorgullece mucho, querida. Me siento muy orgullosa de todas ustedes.

Sintió que esa lealtad y esa devoción le nublaban los ojos, y quiso abrazarlas a todas. Pero Bill Marshall atrajo su atención, y movió la cabeza imperceptiblemente. Ella empezó a atravesar el vestíbulo del aeródromo. Las muchachas la siguieron.

–Esos prendedores que nos envió son estupendos –comentó una de las chicas–. Mire, los usamos todas, Junie.

–Me alegro de que les gusten –respondió ella. Vagamente recordó que la agencia le había hablado de esta idea publicitaria. Miró. Cada una de las muchachas llevaba prendida al sweater una pequeña foto de ella encerrada en una insignia de plástico con forma de camelia–. Tengo algunas fotos nuevas –agregó–. Se las enviaré todas. Ahora debo irme. Muchas gracias por haber venido, queridas. Me gustaría disponer de más tiempo para pasarlo juntas.

–¿Hoy se presentará en radio y TV? –inquirió la más gorda.

–Sí, chicas –respondió Bill Marshall–. Durante toda la tarde, empezando por la WADZ.

Ella subió al coche de Bill Marshall, y sus dos valijas fueron apiladas atrás. Marshall le dio una propina al changador y partieron. Las muchachas estaban reunidas en la vereda, cerca de la fila de taxis. Ella se despidió agitando la mano y volvió a hundirse en el asiento.

–Se comportó muy bien, Junie –manifestó Marshall.

–Gracias –dijo ella–. ¿No le parece que está utilizando a esas criaturas?

–Me tienen tan ocupado que no tengo tiempo para pensar en eso –contestó él, riéndose.

–Por favor, piénselo una vez.

–Bien –respondió él seriamente–, es algo mutuo. Uno las utiliza a ellas. Ellas lo explotan a uno. Se convierten en personajes dentro de su grupo. Le sacan provecho a su situación.

–Y a mí esto me produce una sensación extraña –afirmó ella–. ¿Cuándo empieza mi primer espectáculo?

–En seguida después del almuerzo. Quizá tenga incluso que retirarse temprano, porque su horario es muy ajustado. A la una visitará a su primer *disc jockey*. Será Steve Coby, naturalmente.

–¿Cómo marcha la venta de discos? –inquirió ella.

–Me pareció que ya se lo había informado –respondió él. El coche cruzó el puente y se internó en un túnel de East Boston–. *Tormenta en la Ciudad* tiene un tiraje de...

–Oh, sí –lo interrumpió ella–. Disculpe Bill. Eran doscientos cincuenta mil, ¿verdad?

–Sí. Un éxito atómico. No debería preocuparse tanto.

–Supongo que en realidad estaba pensando en la otra cara.

–Los *disc jockeys* están insistiendo mucho en ella. También está popularizándose.

–Gracias, Bill –ella se apretó la frente con los dedos–. Esta mañana estoy muy aturdida. Para mí ésta es la mitad de la noche. ¿Qué hora es, después de todo?

–Un poco más de las nueve.

–¡Oh, qué bien me vendría ahora una taza de café!

–Naturalmente. Estaremos en el Ritz dentro de un par de minutos, Junie. ¿Y el equipaje? ¿Quiere pasar esta noche en la ciudad, o hay que enviar las valijas a la casa?

–Envíelas a la casa. Pasaré la noche en Briercliff. Telefonaré allá desde el hotel.

–Muy bien, Junie. Usted tiene allí una casa hermosa.

–Ajá –asintió ella. Estaba pensando que ése sería un día de ensueño, en los acantilados que miraban hacia el mar, donde se reflejaba el sol. Habría sido mejor si no hubiese tenido un hermano loco de veinte años encerrado en la quietud de la vieja casona...

## 2

## La noche

La quietud de la vieja casona no hizo disminuir las tensiones del día. Ella había pensado que tendría ese efecto cuando llegó allí al caer la tarde. Se había equivocado.

Ese había sido íntegramente un día terrible. Nada había salido bien. George Pringle había llegado de Nueva York, y estaba visitando al distribuidor local. Primero tuvo un violento altercado con él en su departamento del Ritz-Carlton. Ella nunca había visto a Pringle tan enojado.

–Todo un maldito año –le gritó él–. La propaganda, el dinero invertido para ponerla en condiciones de ser una gran estrella. Las horas de trabajo invertidas en tramar y planificar para conseguirle espacio y publicidad.

–Le dije hace varios meses que pensaba casarme –respondió ella.

–Y recibió mi bendición. Pero no me dijo que iba a dejar de cantar –agregó con tono petulante–. Le dije que se casase con John Garrison. Muy bien, ¿no se lo dije? Cácese con él. Adelante. ¿Pero por qué tiene que dejar el mundo de la música?

–Porque John lo desea así. Quiere tener una esposa.

–¿Y la carrera?

–Esa es mi carrera. Ser su esposa.

–Puede ser una esposa y tener una carrera al mismo tiempo.

–Quiero ser madre.

–Criar chicos –bramó él–. Cualquiera puede criar chicos. Usted obtuvo un récord con *Tormenta*. Necesitamos un año de sudor y sangre, y ahora nos está abandonando. Tenemos un contrato, Junie. Un contrato inviolable.

–Lo lamento mucho, George –manifestó ella.

–No, no le importa un bledo. ¿No piensa que yo también tengo un empleo? ¿Cómo cree que me mantengo en la cúspide de ese maldito estercolero? Dejando contentos a la compañía y a los accionistas. ¿Y qué les diré ahora? Gasté dinero para hacerla famosa y ahora nos abandona. ¿Por qué clase de tonto cree que pasaré?

–Por favor –dijo ella–, ¿quiere mandar pedir un poco de café?

Él no hizo caso de su pedido. Se estaba paseando por el cuarto. Era un hombre delgado, de físico mediano, apuesto, que frisaba los cincuenta años, con manos inquietas, movedizas, y pies pequeños. Su pelo era gris sedoso. Se lo dejaba largo y lo cepillaba cuidadosamente hacia atrás. La piel de su rostro estaba estirada con excepción de las bolsas de sus ojos. Era un hombre muy atildado. Usaba un traje marrón oscuro, de tres botones, una camisa de cuello redondeado y una corbata a rayas, de gusto severo. Giró hacia Junie y exclamó:

–¿Qué puede ofrecerle un engreído como John Garrison? ¿Su linaje?

–Eso ayuda –respondió ella.

–Ayuda a mi perro caniche francés.

–Casualmente yo amo a ese hombre –dijo ella.

–¿Cuántos años tiene usted? –se burló él–. ¿Veintidós? –Le volvió la espalda y miró hacia el Jardín Público–. ¿Qué sabe acerca del amor? Es una farsa. Biología. Glándulas. No es absolutamente nada. Créamelo, yo lo sé. Muy bien, dejemos esto. Hace cinco meses usted me informó que quería casarse. ¿Es así?

–Sí, George.

–No dijo una palabra acerca de abandonar la carrera.